

Amistad

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

Por alguna razón, esperé a que se fuera para comenzar a comer. La comida me sabía mejor cuando no la tenía que compartir, aun sabiendo que seguramente mi ración sería más pequeña. El arroz no era mi plato favorito pero era barato. Mi alimentación básica consistía en arroz. Tomé la primera cucharada y sentí un montón de fragmentos puntiagudos que se clavaban en mi lengua y paladar. Escupí rápidamente y observé los diminutos trozos de cristal manchados de sangre. Me metí los dedos en la garganta y vomité, y grité también, se me estaban clavando en las encías.

Caí al suelo, el dolor me mataba y la sangre no dejaba de emerger. Escuché la puerta y sus pasos, el prelude e su persona. Apareció ante mí y me miraba con unos ojos inexpresivos. Ninguno dijo nada hasta pasados unos segundos.

- Pensaba que éramos amigos. - Dijo. Yo asentí. Hablaba en un tono extrañamente calmado y contemplativo, observando con supremacía desde arriba. - Entonces, ¿Por qué nunca comes conmigo?

Traté de articular unas palabras, pero el cristal aún me hacía daño.

- Pero qué dices.

Lo seguí intentando. Fue hacia la mesa y cogió el plato.

- ¿Has decidido hablar ya?

"¡Lo estoy intentando!" Trataba de decir. pero no podía. En un segundo pude sentir tres cosas; la porcelana desgarrando mi piel, mis dientes rotos triturados como el cristal, y el suelo contra mi sien. Después, como si de un musical se tratara, con total libertad en la coreografía de sus movimientos, y desgarrándose la piel de las manos, cogió un puñado de arroz con cristal y lo metió en mi boca.

- Mastica y traga. - Ordenó con calma fúnebre.

No lo hice. Me golpeó con su puño ensangrentado.

- ¿No tenías hambre, amigo? ¡Pues come! - La rabia se dibujaba en su rostro y se convertía en gritos.

Mastiqué entre llantos y me desmayé al tragar.

Desperté en mi habitación, angustiado y con el aroma característico del arroz solitario que antaño tanto me había gustado. No tenía heridas, ni cicatrices siquiera. Me levanté y en la cocina, con su calma habitual, mi mejor amigo comía un plato de arroz. Me senté en la mesa y observé mi plato, aún caliente. Removí el tenedor y no crujía. Me llevé un poco a la boca.

- Qué extraño que comas conmigo. - Dijo.

- Echaba de menos hacerlo.

Durante un instante pude ver una sonrisa endiablada en sus labios, sin embargo, el arroz y su compañía jamás me habían sabido tan bien.